

lla, una legua por caminos destrozados, por entre cadáveres, con los ojos grandes abiertos, amenazadores, hubo el campo helado, los vastos bosques mudos, la frontera en lo alto de una cuesta después, al final de todo, bajando el camino, más allá, por entre abetos, por el fondo del estrecho valle.

¡Y qué primera noche de destierro, en Bouillon, en una posada, en el hotel del Correo, rodeado por tal muchedumbre de franceses refugiados y de curiosos, que el emperador creyó deber presentarse entre los murmullos y los silbidos! El cuarto, cuyas tres ventanas caían sobre la plaza, y el Semoy era el cuarto vulgar, con sillas de damasco rojo, con el armario de luna, con la chimenea adornada con un reloj de zinc, con conchas y rasos de flores artificiales, cubiertos con fanales.

A derecha é izquierda de la puerta había dos camas pequeñas. En una se acostó el ayudante de campo, á quien el cansancio hizo que durmiera desde las nueve de la noche. En la otra, el emperador tuvo que dar vueltas durante mucho tiempo, sin poder conciliar el sueño y se levantó para pasear su mal; no tuvo más distracción que mirar colgados á la pared, á los dos costados de la chimenea, unos grabados que se encontraban allí, representando uno á Rouget de Lisle cantando la Marsellesa, el otro, el Juicio final, una llamada furiosa de trompetas, tocadas por arcángeles que hacían salir de la tierra á todos los muertos, la resurrección del osario de las batallas subiendo á declarar ante Dios.

En Sedan, el tren de la casa imperial había quedado abandonado, detrás de las lilas, en el jardín del sub prefecto. No se sabía cómo hacerlos desaparecer, quitarlos de la vista de las pobres gentes que morían de hambre, tal era la insolencia agresiva que habían tomado, la ironía atroz que representaban en medio del desastre y que los hacía insoportables. Hubo que aguardar á una noche muy

negra. Los caballos, los coches, los furgones, con su vajilla de plata, sus cestas de vinos finos, salieron con mucho misterio de Sedan, se fueron también á Bélgica por caminos extraviados, sin hacer ruido, con un estremecimiento inquieto de robo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
SAN MONTERREY, MEXICO

### TERCERA PARTE

#### I

Durante la interminable jornada de la batalla, Silvina, desde el ribazo de Remilly, donde estaba construida la casería del señor Fouchard, no había cesado de mirar hacia Sedán, envuelto entre el humo y el tronar continuo de los cañones, temblando, con el pensamiento fijo en Honorato. Y al día siguiente aumentó su inquietud, por la imposibilidad de procurarse noticias exactas entre los prusianos que guardaban los caminos, que se negaban á contestar, no sabiendo ellos tampoco lo que sucedía. El sol claro de la víspera había desaparecido, habían caído aguaceros que entristecían el valle con una luz lívida.

A la caída de la tarde, el señor Fouchard, atormentado igualmente en su mutismo, no acordándose mucho de su hijo, pero deseando averiguar qué consecuencias iba á tener para él la desgracia de los otros, estaba á la puerta de su casa, aguardando los sucesos, cuando vió á un muchachón alto, con blusa, que desde hacía un momento rondaba por el camino. La sorpresa fué tan grande al reco-



nocerle, que le llamó en alta voz, á pesar de que pasaban en aquel momento tres prusianos por el camino.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Próspero?

De un movimiento rápido el cazador de Africa le tapó la boca. Después, acercándose, dijo en voz baja:

—Sí, soy yo. Estoy cansado de pelear en balde y me he escapado... Diga usted, señor Fouchard; ¿no necesita usted un criado?

El viejo, astuto siempre, recobró su prudencia. Precisamente buscaba un criado. Pero no había para que decirlo.

—¡Un criado, ahora no! al menos por ahora no... Pero entra á echar un trago. No creas que te voy á dejar penando en el camino.

En la cocina, Silvina ponía la comida á la lumbre, mientras que el pequeño Charlot, se colgaba á sus faldas, jugando y riendo. Al pronto no reconoció á Próspero, el cual, sin embargo, había trabajado con ella; y solo al traer una botella y dos vasos fué cuando cayó en la cuenta de quién era. Lanzó un grito, acordándose de Honorato.

—¡Ah! ¿viene usted de allí, no es verdad?... ¿Está bueno Honorato?

Próspero iba á contestar, después dudó. Hacía dos días que vivía como en un sueño, entre una violenta sucesión de cosas vagas, que no le dejaban más que tristes recuerdos. Creía haber visto á Honorato, muerto, encima del cañón, pero no lo hubiera afirmado; ¿y para qué hacer daño á la gente no teniendo certeza absoluta?

—Honorato, —murmuró, —no sé... no puedo decir nada...

Ella le miró, insistió.

—¿No le ha visto usted?

Con un movimiento pausado, agitó las manos, meneando la cabeza.

—¡Si cree usted que se puede saber algo! ¡Han ocurrido tantas cosas, tantas! ¡De toda esa batalla maldita, no podría contar ni esto... ni aun los sitios por donde he pasado...! Allí se vuelve uno tonto!

Y, después de beber un vaso de vino, se quedó pensativo, los ojos soñadores, perdidos allá en las tinieblas de su memoria.

—Todo lo que sé es que, cuando volví de mi desmayo, anocheceía... Cuando caí en tierra al dar la carga, el sol estaba muy alto. Debía estar allí hacía muchas horas, la pierna derecha aplastada bajo el cuerpo de Céforo, el que había recibido un trozo de granada en el pecho... Le aseguro á usted que aquella postura nada tenía de cómoda, montones de compañeros muertos, y ni un gato vivo y pensando que yo también moriría allí si nadie venía á recogerme. Poco á poco traté de salir de debajo de Céforo, pero era imposible, pesaba una barbaridad. Estaba aún caliente. Le acariciaba, le llamaba con cariño. Y esto si que no lo olvidaré nunca: abrió los ojos, hizo un esfuerzo para levantar la cabeza que estaba en tierra al lado de la mía. Entonces charlamos un poquillo. — «Pobrecillo, le dije, no es para echártelo en cara, pero sin duda quieres que reviente contigo, porque me aprietas mucho.» Claro, no contestó que sí, pero pude leer, en su mirada turbia, la pena que sentía al abandonarme. Y no sé cómo fué, no sé si quiso ó si fué una convulsión, pero es el caso que tuvo una sacudida brusca y que se echó al otro lado. Pude levantarme; ¡pero en qué estado! la pierna me pesaba como si fuera de plomo... No importa, cogí la cabeza de Céforo entre mis brazos, continué consolándole, diciéndole que era un buen caballo, todo lo que me dictaba el corazón, que le quería mucho, que me acordaría siempre de él. ¡Me escuchaba, parecía estar muy contento! Después tuvo otra sacudida, y murió, con sus grandes ojos que no dejaban de mirarme... Aca-



so no quieran creerme, pero la verdad es que tenía en los ojos lágrimas gordas... Mi pobre Céfiro lloraba como un hombre..

La pena ahogaba á Próspero y empezó á llorar. Después echó otro trago de vino; continuó relatando su historia con frases entrecortadas, incompletas. La noche se iba haciendo más obscura; no había más que un rayo rojo de luz en el campo de batalla que proyectaba á lo lejos la sombra inmensa de los caballos muertos. El, sin duda, se había quedado mucho tiempo al lado del suyo, incapaz de alejarse con su pierna que le pesaba mucho. Después, un espanto repentino se apoderó de él, haciéndole correr á pesar suyo, la necesidad de no encontrarse solo, el deseo de estar al lado de sus compañeros para no tener miedo. Así de todas partes, de las zanjas, de entre las matas, por todos sitios, los heridos abandonados se arrastraban, trataban de unirse, formaban grupos de cuatro ó cinco donde parecía menos duro quejarse y morir. Así fué como en el bosque del Garenne encontró dos soldados del 43º que no tenían un rasguño, que estaban allí enterrados casi, escondidos como liebres, aguardando á que anoheciera. Cuando supieron que conocía los caminos le indicaron que querían huir á Bélgica, llegar á la frontera por los bosques antes de que amaneciera. Se negó primero á guiarlos; hubiera preferido llegar en seguida á Remilly, seguro de encontrar un refugio; ¿pero dónde podría procurarse una blusa y un pantalón? esto sin contar que desde el bosque del Garenne á Remilly, de un extremo á otro del valle, no había que confiar en atravesar las líneas prusianas sin tropiezo. Acedió á servir de guía á los dos compañeros. Su pierna se había recalentado; tuvieron la suerte de que les dieran un pan en una casería. Dieron las nueve en un campanario lejano, al ponerse de nuevo en camino. El único peligro que corrieron fué

en la Chapelle, donde tropezaron con una avanzada enemiga que dió la alerta y empezó á disparar tiros en las tinieblas, mientras que, agachados, arrastrándose, volvieron á alejarse oyendo los silbidos de las balas. A la vuelta de un sendero anduvieron á gatas, se echaron sobre un centinela y le mataron de una cuchillada en la garganta. Después encontraron los caminos libres, continuaron andando, riendo y silbando. Y á las tres de la mañana llegaron á una aldea de Bélgica, llamaron á una puerta, les abrieron y se acostaron en un pajar.

Ya era muy de día cuando se despertó Próspero. Al abrir los ojos, mientras sus compañeros roncaban, vió al dueño de la casa que estaba enganchando un carricoche cargado de pan, de arroz, de café, de azúcar, de toda clase de provisiones escondidas bajo unos sacos de carbón, y supo que el buen hombre tenía en Francia, en Raucourt, dos hijas casadas, á las que iba á llevar provisiones sabiendo que se encontraban sin nada después de haber pasado por allí los bavaros. Se había procurado un salvoconducto aquella mañana. Próspero entró en ganas de sentarse en aquel carricoche para volver allá, á aquel pedazo de tierra cuya nostalgia le angustiaba ya.

La cosa era bien sencilla; se apearía en Remilly, por donde tenía que pasar el coche para ir á Raucourt. Y quedaron arreglados en seguida: le prestaron un pantalón y una blusa y el casero le hizo pasar como si fuera su criado, de manera que á eso de las seis, se bajó delante de la puerta de la Iglesia, después de haber sido detenido dos ó tres veces por las avanzadas alemanas.

—¡Yo ya estoy harto!—decía Próspero.—Si hubiesen sacado algún partido de nosotros, como allá en Africa. Pero ir á la izquierda para volver á la derecha, comprender que no se sirve para nada, acaba por cansar... Y además, ahora, Céfiro ha



muerto, estoy solo; no tengo más que volver á trabajar al campo. ¿No es verdad? Vale mucho más esto que ser prisionero de los prusianos... ¡Tiene usted caballos, señor Fouchard, ya verá usted como los cuido!

El viejo estaba satisfecho. Echó otro trago y prosiguió:

—¡Dios mío! puesto que te viene bien, te quedarás aquí, te tomaré... Pero, en cuanto al sueldo, no hay que hablar de eso hasta que se acabe la guerra porque no necesito de nadie y los tiempos son malos.

Silvina se había quedado sentada teniendo á Charlot sobre las rodillas. No había perdido de vista á Próspero y cuando éste se levantó para ir á la cuadra á ver los caballos le preguntó de nuevo:

—¿No ha visto usted á Honorato?

Esa pregunta hecha bruscamente le hizo estremecerse. Dudó un momento, después se decidió á hablar.

—Oiga usted, no he querido causarla un disgusto antes, pero creo que Honorato no volverá, se ha quedado allí.

—¿Cómo, que dice usted?

—Creo que los prusianos le han ajustado las cuentas... Le he visto medio caído sobre una cureña, la cabeza derecha, con un agujero, debajo del corazón.

Hubo un silencio. Silvina palideció, mientras que el señor Fouchard, sorprendido, colocaba su vaso sobre la mesa, después de vaciar la botella.

—¿Está usted seguro?—dijo con voz que la pena ahogaba.

—Tan seguro como puede uno estar cuando lo ha visto... Era sobre una eminencia, entre tres árboles, y me parece que iba allí con los ojos vendados.

Era la destrucción de su felicidad. ¡Honorato, que

la había perdonado, que se había comprometido á casarse, en cuanto acabara el servicio, en cuanto terminara la guerra! ¡Y se lo habían matado, estaba allí, con un agujero debajo del corazón! ¡Nunca había creído que le amaba tanto, tal era la necesidad que sentía de volverle á ver, de poseerle á pesar de todo!

Dejó á Charlot en tierra.

—¡Bueno! no lo creeré hasta que lo vea yo también... Puesto que sabe usted donde es, va usted á llevarme allí, y si es verdad, si lo encontramos, lo traeremos aquí.

Las lágrimas la ahogaban, se dejó caer sobre la mesa, llorando, mientras que el pequeñuelo, atontado por haberse visto rechazado por su madre, empezó también á llorar. Le cogió, lo apretó contra su corazón, cubriéndolo de besos.

—¡Pobre hijo mío, pobrecito!

El señor Fouchard estaba perplejo. Quería á su hijo á pesar de todo, á su modo y manera. Algunos antiguos recuerdos volvieron á su imaginación, muy lejanos, de la época en que vivía su mujer, cuando Honorato iba á la escuela, y dos lágrimas salieron de sus ojos, y rodaron por el cuero curtido de sus mejillas. No había llorado en diez años. Acabó por incomodarse, al pensar que á aquel hijo que era suyo no le volvería á ver más.

—¡Eso de no tener más que un hijo y que le maten, es infame!

Pero cuando se calmó le molestaba ver que Silvina continuaba hablando de ir allí á buscar el cadáver de Honorato. Se obstinaba, sin llorar, en un silencio desesperado, invencible; y no la reconocía, ella tan dócil, haciendo todas las labores sin quejarse; sus grandes ojos sumisos, que bastaban para embellecer su cara habían adquirido un aspecto feroz, mientras que su frente pálida se ocultaba bajo su pelo negro. Acababa de quitarse un pañue-



lo encarnado que llevaba puesto, y quedó vestida de negro como una viuda. En vano intentó demostrarla las dificultades de la empresa, los peligros que podía correr y la poca esperanza de encontrar el cuerpo. No contestaba y el señor Fouchard comprendía que haría cualquier locura si no tomaba cartas en el asunto, lo que le inquietaba más aun, con motivo de las complicaciones que podría acarrearle con las autoridades prusianas. Se fué á ver al alcalde de Remilly, que era algo pariente suyo y los dos arreglaron la cosa. Silvina pasó como viuda de Honorato y Próspero como su hermano; de manera que el coronel bávaro, instalado en la aldea en la posada de la Cruz de Malta, dió un pase para el hermano y la viuda autorizándoles á traer el cuerpo del marido si lo encontraba. Era ya de noche; lo único que pudieron lograr es que aguardaría al día siguiente para ponerse en camino.

Al día siguiente el señor Fouchard no quiso dejar enganchar uno de sus caballos por temor de que desapareciera. ¿Quién le aseguraba que los prusianos no embargarían el coche y el caballo? Por último accedió de mala gana á prestar el burro y el carrito pequeño, donde aun podía haber un muerto. Dió muchas instrucciones á Próspero, que había dormido bien, pero á quien preocupaba la expedición, ahora que estaba descansado. A última hora Silvina fué á buscar la manta de su cama que plegó en el fondo del carrito y al marchar abrazó á Charlot.

—Se lo confío á usted, señor Fouchard, tenga usted cuidado, no le deje jugar con las cerillas.

—¡Vete tranquila!

Los preparativos habían durado bastante. Daban las siete cuando Silvina y Próspero, detrás del carrito que arrastraba el burro, con la cabeza baja, descendieron por las rápidas cuestas de Remilly. Había llovido mucho durante la noche, los caminos

parecían ríos de barro y grandes nubarrones lividos corrían por el cielo triste.

Próspero, queriendo tomar el camino más corto, se decidió á pasar por Sedán. Pero antes de llegar á Pont Maugis, una avanzada prusiana detuvo el carrito durante una hora; y cuando el pase circuló entre las manos de cuatro ó cinco jefes, el burro pudo emprender de nuevo la marcha, con la condición de dar un gran rodeo, para pasar por Bazeilles. Cuando Silvina pasó el Meuse, sobre el puente del ferrocarril, aquel puente funesto, que no habían hecho saltar y que por cierto tantas pérdidas había costado á los bávaros, vió el cadáver de un artillero, que bajaba á flor de agua. Unas ramas le engancharon, se quedó un rato parado, dió después una vuelta y continuó su viaje.

En Bazeilles, por donde el burro atravesó al paso, de un extremo á otro, la destrucción era completa, todo lo que la guerra puede hacer de ruinas horribles, cuando pasa, devastadora cual furioso huracán. Habían recogido los muertos y no quedaba en las calles ni un cadáver; y la lluvia lavaba la sangre, las charcas quedaban rojas, con restos sospechosos, trozos en los que se creía reconocer aún pelos. Pero la angustia que oprimía el corazón, procedía de las ruinas, de ese Bazeilles tan alegre tres días antes, con sus lindas casitas entre los jardines, dormido ahora, aniquilado, dejando ver sólo algunas paredes ennegrecidas por el humo. La iglesia continuaba ardiendo, una gran hoguera de maderos humeando, en medio de la plaza, de donde salía una espesa columna de humo, que se extendía por el cielo como un velo de luto. Habían desaparecido calles enteras, no quedando ni una casa á uno y otro lado, sólo se veían montones de piedras calcinadas entre cenizas y un barro negro que lo anegaba todo. En los cuatro extremos, las casas que formaban ángulos habían desaparecido como



si las hubieran segado. Otras habían sufrido menos, una por casualidad había quedado en pie. Aislada, mientras que las de la derecha é izquierda habían sido totalmente destruidas por la metralla. Y salía de allí un hedor insoportable, las náuseas del incendio, la acritud del petróleo especialmente, derramado sobre los pisos de madera. Después era también la desolación muda de lo que se había intentado salvar, muebles tirados por las ventanas, aplastados sobre la acera, las mesas rotas, los armarios destrozados, las ropas tiradas por el suelo, rotas, manchadas, las tristes migajas del saqueo, prontas á deshacerse con la lluvia. Por una fachada abierta, por entre los pisos destrozados se veía un reloj intacto, sobre una chimenea, en lo alto de una pared.

—¡Ah! ¡los canallas!—gruñía Próspero, cuya sangre se calentaba á la vista de aquel desastre.

Apretaba los puños y fué necesario que Silvina, muy pálida, le calmase con la mirada, á cada centinela que cruzaban por el camino. Los bávaros habían puesto centinelas cerca de las casas que ardían; y esas gentes con los fusiles cargados, con la bayoneta armada, parecían guardar los incendios para que las llamas terminasen su obra. Con gesto amenazador, con un grito gutural, hacían que se separasen los curiosos, los interesados que rondaban por los alrededores. Algunos grupos de vecinos, á distancia, mudos contemplaban aquellas ruinas. Una mujer, muy joven, con los cabellos esparcidos, el vestido manchado de barro, se encontraba dentro de los restos incendiados de una casa, cuyas brasas quería remover, á pesar del centinela que las guardaba. Decían que aquella infeliz se le había muerto un niño abrasado, en la casa. Y de pronto, al apartarla el bávaro con modales bruscos se volvió y le vomitó en la cara su desesperación furiosa, injurias de sangre y lodo, palabras inmun-

das, que la servían de desahogo. No debía comprenderla, la miraba, intranquilo, retrocediendo.

Acudieron tres compañeros, y le libraron de la mujer, llevándosela, chillando. Ante los escombros de otra casa, un hombre y dos niñas, los tres en el suelo, rendidos de cansancio y de miseria, lloraban, no sabiendo á donde ir, habiendo visto volar en cenizas todo lo que poseían. Pasó una patrulla, que dispersó á los curiosos, y el camino se quedó desierto, con los centinelas, tiesos, firmes, vigilando con mirada oblicua, para hacer respetar su consigna infame.

—¡Canallas, canallas!—decía Próspero sordamente.—¡Con qué placer estrangularía á un par de ellos!

Silvina le hizo callar de nuevo. Se estremeció. En una cochera que el fuego no había tocado, un perro encerrado, olvidado hacía dos días, aullaba con tono tan lastimero, tan lamentable, que un escalofrío recorrió el cielo, de donde empezaba á caer un poco de agua. Y en aquel momento, en el parque de Montivillers, tuvieron un encuentro. Tres grandes carros atestados de cadáveres, esos carros de la basura que se llenan con palas en las calles todas las mañanas; y del mismo modo los habían llenado de cadáveres, parándolos al encontrarlos para echar los muertos, volviendo á emprender la lúgubre caminata para pararse más lejos, recorriendo Bazeilles entero hasta que el montón desbordaba. Aguardaban inmóviles en la carretera á que los llevaran á enterrar. Salían algunos pies por encima. Una cabeza colgaba, medio arrancada. Cuando los tres carros empezaron á rodar de nuevo, traqueteando en los baches, una mano livida que colgaba, muy larga, fué á rozar contra una rueda y la mano se gastaba poco á poco, desollándose, comida hasta el hueso.